

KAMINAL JUYU Y SU PEQUEÑA ESCULTURA COMPARADA CON LA DE EL PETEN

Por: GUILLERMO GRAJEDA MENA

El sitio arqueológico de Kaminal Juyú cuenta con un historial poco conocido, pero no por ello falto de importancia, pues por el contrario, su historia es interesante en cuanto a que ese sitio ha dado al mundo, entre otras cosas, bellos ejemplares de trabajos en jade y cerámica, y dolorosa por haber sido un centro ceremonial rico en estructuras arquitectónicas religiosas y funerarias perdidas casi en su totalidad por la ambición comercial de los propietarios de los terrenos en que ellas están ubicadas al convertirlos en colonias urbanas, ladrilleras y adoberas.

El inspector de monumentos del Instituto de Antropología e Historia de Guatemala, Don Gustavo Espinoza Aguilar, quien ha mantenido una lucha constante contra la incompreensión, la ignorancia y la mala fe de muchos terratenientes, dice haber visto, de los doscientos montículos que existían hace apenas veinte años, desaparecer ciento ochenta.

Algo del historial: En el año de 1883, nadie pensó en la importancia arqueológica que había en las fincas rústicas del suroeste de la ciudad capital, cuando el gobierno del divisionario Justo Rufino Barrios compró una fracción de la finca «Las Charcas» a Don Tadeo Piñol, para edificar el barrio «La Reformita». No se pensó en dicha importancia, por la sencilla razón de que esos sitios ceremoniales habían sido abandonados desde tiempos remotos y porque la vegetación silvestre que surgía continuamente, por una parte, y por otra las continuas plantaciones de maíz, borraban, en unas casos, y en otros, ocultaban toda huella de ocupaciones humanas primitivas.

Además, hay que tener en cuenta los terremotos sufridos en esta región. Guatemala sólo en lo que fue de 1541 a 1918 tuvo dieciocho catástrofes, en diferentes lugares de la República, y por lo tanto, es de suponerse que Kaminal Juyú fuera destruido, en parte, por algunos de estos cataclismos.

Actualmente «Las Charcas» comprueba con sus vestigios ser una de las zonas arqueológicas más antiguas del horizonte cultural de América.

Circunvecinos a «Las Charcas» eran los terrenos denominados «Arévalo» «Majadas», «Providencia», «Miraflores», «Arenal», «Aurora», «Verbena», «Esperanza», «Amatle», «Pamplona» y algunos otros. Estos terrenos que cubrían cinco kilómetros cuadrados, aproximadamente, están a 1486 metros sobre el nivel del mar, en un altiplano regado por varios ríos pequeños y rodeado por barrancas.

Desde tiempos inmemoriales, estas tierras fueron ocupadas por tribus indígenas, que tenían comunicación con sus vecinos, tal como lo vemos ahora, al relacionarse y comerciar con el nuevo pueblo de Mixco, San Juan y San Pedro Sacatepéquez, Petapa, Amatitlán, Las Vacas, Chinautla y otros.

No fue sino hasta los años de 1917-18, cuando los ladinos pobladores del valle, confirmaron lo que la tradición de los campesinos indígenas siempre dejó entrever o sea el valor arqueológico de esos lugares. Los indígenas siempre tuvieron respeto y veneración por los montículos. Cierta día, unos mozos colonos de la finca «Miraflores», dieron parte al dueño de ésta, Licenciado Don Antonio Batres Jáuregui, de que por los terremotos sufridos y las lluvias torrenciales que cayeron en ese tiempo, habíase abierto una zanja en uno de los montículos, dejando al descubierto un número regular de objetos de piedra y de barro, así como algunas osamentas humanas. Varias de estas reliquias conservó el Licenciado Batres Jáuregui, para someterlas a estudio.

Años antes el señor George Williamson, publicó en los Estados Unidos de Norte América, sus impresiones a una visita que hizo a la finca «El Naranja», propiedad de don Pedro de Aycinena, describiendo el número de montículos y de las esculturas de piedra que encontró en la parte, que era llamada «Piedra Parada». Este trabajo de inspección superficial, fue casi desconocido por los eruditos nuestros. En aquel entonces, las docenas de colinas que estaban entre las siembras de milpa de las fincas de toda aquella área, no eran para mucha gente más que simples promontorios naturales cubiertos de grama, flor de muerto, anís de chucho, chilca, suquinay, siete-camisas, pito, jiliplegue y guayabales, sombreados por grandes cipreses, y hasta se llegó a pensar que pudieran ser hormigueros; sin embargo, en la mente de los campesinos, esas colinas habían sido «kues» (Ku en lengua maya quiere decir santuario) y que eran continentes de enterramientos antiguos. Al más grande de esos kies o promontorios, los hombres de campo lo llamaban «Quitasmbrero» porque al pasar ante él, acostumbraban descubrirse respetuosamente la cabeza.

Es cierto que personas como el ya mencionado Licenciado Batres Jáuregui, se preocupaban por el origen y objeto de las colinas, así como por los artefactos que a veces afloraban, tanto de sus faldas, como en las márgenes de la charca llamada «Laguna de los tiestos», pero pocas de esas personas recordarían que en el siglo XVII don Antonio de Fuentes y Guzmán indicó en su obra «Recordación Florida», que a este valle se le llamaba «Valle de la Culebra», por la forma de la construcción de tierra que lo atravesaba, por «más de dos leguas», y porque según «dicen es obra de manos de los indios antiguos», No obstante, la mayoría de la sociedad ignoraba el valor de las cosas precolombinas, o bien, intencionalmente daba poca importancia a esa «cosas de los indios».

No hay que olvidar también, que el señor Alfred Percival Maudslay y su señora esposa, a fines del siglo pasado (1882), estudiaron esa región; estudios que en nuestro medio no se tomaron en cuenta sino hasta bien entrado el presente siglo.

En el año de 1918 la ciudad capital, en su parte sur, finalizaba en la dieciocho calle, pues más allá principiaban los zacateles y las milperías de las fincas aledañas. Los días domingos o días de «fiestas de guardar», varias familias salían de la ciudad, hacia los terrenos de «Las Charcas», con objeto de cazar patos o gallaretas, o comprar güisquiles y elotes cocidos, para comerlos en la tranquilidad de la floresta, mientras los niños rompían esa tranquilidad, persiguiendo a las ranas y a los sapos, matando a los pájaros, con «bodoques» de barro, arrojados con hondas de pita o de hule, y cuando se agotaban los bodoques, echaban mano a los tiestos arqueológicos que encontraban a flor de tierra. Ahora, en nuestros días, ya han desaparecido esos deportes porque las charcas se desecaron al construirse las nuevas colonias urbanas, y los patos y los demás animalitos pasaron a la otra vida, o bien, emigraron buscando salvación. Actualmente, los pedazos de tiesto, siempre son recogidos por los niños, pero ya no con los mismos fines, aunque siempre peligrosos, pues hoy son lucrativos.

Cerca de «La Quinta de Arévalo» en la finca «Providencia» se establecieron al pie de varios montículos, unas ladrilleras y adoberas; por este motivo gran cantidad de obras de arte maya se transformó en ladrillos y adobes. No debemos escandalizarnos mucho de esto. Recordemos que en plena Grecia, en los primeros años renacentistas, muchas esculturas marmóreas de hermosas Venus y de bien parecidos Apolos fueron a parar a los hornos de las caleras, convertidos en material para pegar los sillares de nuevos y relucientes edificios. En Europa sucedió esto porque las obras antiguas eran pecaminosas por haber pertenecido al paganismo; entre nosotros ocurrió más o menos por la misma causa, los objetos indígenas eran «motivo de idolatría y brujería» Ni aquí ni allá en Europa se tenía la menor idea del valor arqueológico de las obras antiguas, que ahora para nosotros son fuente documental para la reconstrucción histórica.

Día a día los humildes peones ladrilleros fueron destruyendo sus montículos y día a día fueron encontrando objetos curiosos a tal extremo que muchas personas que pasaron por Guatemala, se preocuparon de ellos, y así en el año de 1927, el Doctor G. K. Lothrop estudió la estela «A», con el señor Oliver Ricketson y el Doctor Silvanus G. Morley, quienes tomaron datos de los montículos. Del 24 al 28 de Mayo del referido año, el Licenciado Antonio Villacorta y su hijo Carlos, acompañados del Bachiller Carlos Lara, emprendieron la primera excavación en el montículo llamado «Quitasombrero» de la finca «Providencia», propiedad de los herederos de don Eleuterio Estrada, en la vecindad del Hospital San Vicente, descubriendo entre muchas otras cosas, un piso de terracota.

Tanto el señor Morley como el señor Ricketson, hacía años que tenían conocimiento de estas ruinas, pues en el año de 1921 las estudiaron superficialmente y en 1926 el Doctor Lothrop hizo una descripción completa de los sitios arqueológicos que las integran.

En una carta de fecha 9 de junio de 1927, el señor Ricketson hizo saber al Ministro de Educación Pública de Guatemala, que, según su opinión, las ruinas pertenecían a una fecha anterior al año mil antes de Cristo. Este es el primer dato cronológico que se tiene oficialmente en la historia de la arqueología del altiplano de Guatemala. Otra persona, también entendida en la materia, que visitó este lugar en esos días, fue el señor Manuel Gamio.

En el año de 1936, el Licenciado Antonio Villacorta hizo investigaciones en un montículo de la finca «La Esperanza», propiedad de don Guillermo Peitzner, en los terrenos que ahora ocupa el Hospital Roosevelt, bautizando la zona con el nombre quiché de Kaminal Juyú (Colinas de los muertos). Al mismo tiempo don Oliver Ricketson, de parte de la Institución Carnegie de Washington, realizó varios estudios en otros lugares aledaños.

Los esposos Jesse D. Jennings y señora, realizaron varios estudios en el año de 1937, en lugares de Kaminal Juyú.

Bajo la dirección del Doctor Alfredo V. Kidder, trabajaron en la finca «Miraflores», en el año de 1938 y con el patrocinio de la Institución Carnegie, don Edwim M. Shoiok, los esposos Jennings, la señora Cosgrove, el señor E. A. Rising, don Roberto Smith, la señorita Tatiana Proskouriakoff, don Gilber E. Fuller, la señora Bárbara Kidder de Aldana, don Eliot Putman hijo, don Victor Manuek Lucas, don César Tejeda F., don Antonio Tejeda Fonseca y don Gustavo Espinosa Aguilar. Las piezas duplicadas que se encontraron en esas excavaciones, fueron enviadas al Museo Peabody de la Universidad de Harvard, el resto forma parte de las valiosas colecciones del Museo Nacional de Arqueología y Etnología de Guatemala.

En el mes de noviembre de 1941, efectuó trabajos de excavación en los montículos «A» y «B», el señor A. L. Smith. Al año siguiente en otros lugares trabajaron una temporada, los señores Edwin M. Shook y A. L. Smith. En 1946 el Licenciado Rafael Piñol encontró en su finca «Las Charcas» una jarra pequeña que contenía dos piezas de oro.

En el año de 1951, el Doctor Alfred V. Kider y el señor Edwin M. Shook, emprendieron trabajos de investigación en el montículo E-III-3, teniendo como colaboradores a los señores Stephen F. de Borhegyi y Gustavo Espinoza Aguilar.

El Doctor Joel S. Kanby, el Doctor Kidder y el Doctor Enrique Berlín trabajaron el montículo E-III-13, en las temporadas comprendidas entre los años de 1951 y 1953.

Durante los años de 1956 y 1961, don Gustavo Espinosa Aguilar, trabajó en el montículo C-II-4-A, descubriendo en él, las fases comprendidas desde el pre-clásico-antiguo hasta el clásico-tardío.

En el mes de Septiembre de 1963, el mismo don Gustavo Espinosa Aguilar, encontró unos relieves modelados en barro crudo, policromados, en el montículo D-III-I, en el lugar donde se pensaba construir una escuela.

En Kaminal Juyú, en forma casual y esporádicamente, los trabajadores de las lotificaciones particulares han descubierto piezas arqueológicas de gran interés. También en otros lugares cercanos tenemos esa clase de hallazgos casuales, tales como el del sitio denominado «Casa Blanca» ubicado a cincuenta metros frente al edificio del Museo Nacional de Arqueología y Etnología, en la zona 13 de la ciudad, al allanarse los terrenos donde se construiría el actual Instituto Técnico Vocacional y donde en el mes de junio de 1959 los señores J. Daniel Contreras, Guillermo Grajeda Mena y Antonio Oliveros, colaboradores del Instituto de Antropología e Historia, descubrieron nueve pozos con ofrendas de cerámica y dos con ofrendas y restos humanos, correspondientes a las fases pre-clásico antiguo de Kaminal Juyú.

Otro ejemplo es el de los objetos descubiertos en el campo del Parque de la Industria, zona 9, en el año de 1961, al efectuarse los trabajos para instalar una feria llamada de primavera.

Teniendo en cuenta que la cerámica encontrada en estos últimos lugares es similar a la de los sitios clasificados en 1936, como Kaminal Juyú y que también es igual a la de los terrenos denominados «Los Arcos», «La Aurora», «Aeropuerto», «Piñol», «Cementerio», «Garlan», «Aycinena», «Betania», «Minerva», «El Zapote», «Mayan Golf Club», «Palmita», «Colonia Abril», y «Campo de Marte», el área de Kaminal Juyú comprende más de diez kilómetros cuadrados y no cinco como se pensó al principio, y por lo tanto, el número de montículos calculados hace veinte años, ahora debe calcularse al doble o más. También debemos considerar que como en todos estos lugares la destrucción de montículos es constante, la pérdida es cuantiosa, porque seguramente sobrepasa en mucho a los cálculos estimativos de don Gustavo Espinoza Aguilar.

LA PEQUEÑA ESCULTURA DE KAMINAL JUYÚ:

(En este trabajo se intenta mostrar los tipos de escultura pequeña, teniendo como patrón el cuadro cronológico y cultural de El Petén).

MAMON (Abuela). en El Petén. LAS CHARCAS, AREVALO, MAJADAS, PROVIDENCIA – SACATEPEQUEZ y MIRAFLORES en Kaminal Juyú. 1,000 a 500 años antes de Jesucristo. PRECLASICO ANTIGUO (Formativo). En la fase Mamón pequeñas figuras de barro claro, sin engobe, de mujeres desnudas, de modelado frontal y achatadas por detrás, sentadas con las piernas encogidas, con las piernas abiertas, o de pie con las piernas cerradas; el tratamiento del modelado es de aplicación directa, las cabezas son grandes con relación al cuerpo y los ojos son hechos a presión, manos y pies abocetados. En la fase Las Charcas: figulinas femeninas modeladas directamente con o sin engobe blanco, similares a las de El Petén en la fase Mamón, a veces con casos de esteatopigia; asimismo aparecen incensarios ceremoniales de tipo tubular, con efigies de hombre viejos, de cabezas calvas, con barba en el mentón, sin bigotes, siempre son tres efigies colocadas en la parte superior del tubo, sobre la pestaña de la parte que lo cubre. En la fase Arévalo no se notan diferencias con la figuras de la fase anterior, en lo relativo a las figuras exentas. En la fase Majadas, las esculturas son de barro rojo, de mujeres desnudas como las antes descritas. Algunos trastos con espita, de figuras humanas, masculinas, boca arriba. En la fase Providencia-Sacatepéquez: figulinas muy parecidas a las de la fase Las Charcas, con el aditamento de un pequeño sombrero. En la fase Sacatepéquez, esculturas de barro sin engobe, también muy parecidas a las figuras de Las Charcas, con el distintivo de un tocado en forma de moño cónico. En la fase Miraflores se encuentran figuras de mujeres preñadas, en postura sedente o de pie, modeladas en barro claro sin engobe; figuras de barro rojo que representan

mujeres sentadas con el torso desnudo, algunas veces con un niño en el regazo; con la parte posterior achatada, las cabezas muy alargadas, grandes narices y tocados complicados. Figuras de hombres barbados, jorobados, tuertos, individuos tatuados, cabezones, figulinas de barro claro y fino representando a mujeres niñas, en postura de pie, con pechos pequeños, pequeña cintura, caderas redondeadas, con las extremidades terminadas en punta; el tratamiento del modelado es frontal, la parte posterior es plana; las caras son parecidas a las obras de Las Charcas, pero más finas, con modelado muy delicado y con múltiples tocados. En Tlatilco y en algunos otros lugares de la cuenca del antiguo lago Texcoco, en México central, se han encontrado esculturas de gran similitud a éstas. También se ven figuras femeninas, de igual tipo, con los brazos articulados. Al final de esta fase surgen sapos, pisotes, y otros animalitos, de piedra y de barro, así como trastos con figura de peces.

La fase MATZANEL de El Petén no se encuentra representada en Kaminal Juyú.

CHICANEL (Ocultador) en El Petén, ARENAL y SANTA CLARA en Kaminal-Juyú. 500 años antes de J.C. a 200 años después. PRECLASICO TARDIO. En la fase Arenal, aparecen fuentes tetrápodes con tres cabezas en la parte superior del borde, son cabezas rapadas con ojos abotagados, narices aguileñas, boca pequeña con el labio inferior prominente, orejas pequeñas y grandes orejeras redondas. Continúa la producción de figuras de sapos de cerámica y piedra. En la fase Santa Clara no han aparecido figulinas.

TZAKOL (Constructor) en El Petén. AURORA y ESPERANZA en Kaminal Juyú. 200 a 550 años después de J.C. CLASICO ANTIGUO. En la fase Tzabo, en El Petén existen figuras de jade y muscovita, trabajos que son contemporáneos de las estelas talladas en piedra y de los dinteles de piedra y de los de madera. En los terrenos de la fase Aurora no han aparecido esculturas que tengan relación con las piezas indicadas. En Kaminal Juyú surgen en la fase Esperanza esculturas de jade y de jadeíta y las figuras de hongos tallados en piedra eruptiva. Tanto en lo Tzakol como en la Esperanza aparecen incensarios de barro, divididos en dos cuerpo con imágenes humanas y animales.

TEPEU (El enviado) en El Petén. AMATLE en Kaminal-Juyú. 550 a 800 años después de J.C. CLASICO TARDIO. En El Petén, obras similares a las de la fase anterior, más figulinas hechas a molde y piezas de barro anaranjado fino. En Kaminal Juyú no hubo figuras hechas a molde ni de barro anaranjado fino.

PAMPLONA, en Kaminal-Juyú. 800 a 900 años después de J.C. POSCLASICO ANTIGUO. Obras parecidas a las de la fase Amatle. Las dos figuras de oro encontradas por el Licenciado Rafael Piñol en la finca <<Las Charcas>> posiblemente pertenezcan a esta fase.

POSCLASICO TARDIO. 900 a 1524 después de J.C. Considerando que se han encontrado trastos de cerámica de tipo Chinautla en sitios de Kaminal Juyú, es de suponer que haya existido ahí el tipo de escultura de formas humanas, toscas. Sin brazos ni piernas, policromadas con decoración geométrica, que indudablemente eran usados como sonajas; de pequeño tamaño y trabajadas en el pueblo de Chinautla. Este tipo de cerámica era el que fabricaban nuestros alfareros cuando los conquistadores españoles llegaron al país.

Guatemala, Marzo de 1964.